

JOSÉ ANTONIO ABELLA

UNAS POCAS
PALABRAS
VERDADERAS



Y OTROS
FALSOS RELATOS



UNAS
POCAS
PALABRAS
VERDADERAS

(Y OTROS FALSOS RELATOS)

JOSÉ ANTONIO ABELLA

**UNAS POCAS
PALABRAS
VERDADERAS**

(Y OTROS FALSOS RELATOS)



PRÓLOGO PRESCINDIBLE

De niño, siempre oí hablar con respeto de lo que entonces se llamaba personas de orden. Supongo que eso podría decirse hoy de mí, que soy una persona de orden, pero la persona de orden más desordenada que pueda conocerse. Quienes conviven conmigo saben de qué hablo. Es el mío un desorden esencial, como las rugosidades del alma o el transcurrir de los sueños. Y enorme además, si vale este calificativo para la pequeñez doméstica donde se desenvuelve nuestra vida, poblada en mi caso de invisibles agujeros negros donde desaparecen las gafas, las llaves, los manuscritos... Así que ordenar este conjunto de relatos no me ha resultado tarea fácil. De hecho, las dudas con que inicié dicha tarea son casi las mismas que sigo teniendo al darla por concluida. Acaso, recurrir al orden cronológico hubiera sido lo más sencillo y más honrado. Pero ni tan siquiera de ese orden podría estar seguro, pues en muy contadas ocasiones comienzo o finalizo mis relatos con la fecha en que fueron escritos. Más antiguos o más recientes son las dos únicas categorí-

as en que podría dividirlos, lo que tampoco ayuda demasiado. Así que, finalmente, el orden o desorden resultante tiene mucho que ver con el minuto en que encontré uno u otro manuscrito, con el fluctuante estado de ánimo con que los releí, con el azar en fin: ese azar primigenio del que todos somos hijos, también ellos.

El contratiempo, primero de estos cuentos, o su semilla, nació en San Sebastián, en la parada de un autobús urbano donde un violinista aguardaba con el maletín de un instrumento que no atrajo más miradas que la mía. Pocos días antes se había producido uno de los negros atentados que con demasiada frecuencia salpican de sangre y amargura el corazón, verde y amable, del País Vasco. Pero no es el terrorismo el tema del relato, sino la peripecia de un hombre acomplejado cuya vida, sembrada de muertes, se ha ido deslizando hacia un vacío sin salida. Una cita de *El Principito* da inicio a la historia y sirve como desencadenante de su final. Y ésa es una de las razones que la sitúan al comienzo: mi enorme cariño al libro de Saint-Exupéry. Cierta vez me preguntaron cuál era el libro de la historia de la Literatura que yo hubiera querido escribir, y mi respuesta, sin dudarlo, fue *El Principito*.

El segundo relato –y segundo también de los dos únicos a los que puedo datar con una fecha precisa– nació a petición de los organizadores del Primer Maratón de los Libros, carrera no competitiva celebrada entre Cercedilla y Segovia en el anochecer del 1 de junio de 2007, noche de luna llena. En un breve descanso a mitad de la prueba, los atletas se agruparon en el mirador de

*Vicente Aleixandre para escuchar la lectura de **Ojos de luna**. Si algo hacía peculiar a esta maratón, además de la calzada romana y los parajes de la sierra de Guadarrama por la que transcurrió, era que cada atleta corría bajo la luna llena con un libro en la mano.*

***El ladrón y la llave**, tercer cuento de este volumen, surgió a raíz de las frecuentes visitas al taller/ biblioteca/ eremitorio de un gran amigo, el escritor segoviano Ignacio Sanz. La llave que él me tiraba por la ventana, por ahorrarse el trabajo de bajar y subir las empinadas escaleras, solía estar envuelta en una cuartilla arrugada que muchas veces contenía algún texto desechado. Se evitaban de ese modo melladuras en la llave o en la cabeza de algún viandante. De ahí nació la idea de esta divertida (y falsa) historia, que en el año 2002 recibió el Premio Internacional de Relato “Emiliano Barral”.*

*En **Palomas carnívoras** confluyen las peripecias de un médico y un mago devorados por lo imprevisible. Se trata de un relato donde la magia envuelve (o eso he pretendido) el mundo íntimo de los deseos y las frustraciones, de las expectativas de futuro que tantas veces se pierden por caminos sinuosos, en un bosque umbrío donde acechan lobos con piel de cordera y corderas con dientes de lobo.*

***Memoria de la materia** fue un cuento nacido tras el hallazgo casual de una vieja llave oxidada en un desmonte de terreno realizado en la judería de Segovia, escenario de mi primera novela. Para evitar la indignación de posibles lectores eruditos, añadiré que la atribución de citas que realizo en este texto es un simple juego literario*

y que, por tanto, perderán su tiempo si quieren cotejarlas en cualquier otra fuente documental distinta a la que tienen en sus manos.

***Alma errante**, escrito antes de que las normas de tráfico aconsejaran circular con las luces encendidas tanto de noche como de día, es un texto que me resulta curioso y extraño incluso a mí, poco dado a lecturas fantásticas y de ciencia-ficción (o religio-ficción, que sería un género más apropiado al caso). Por una parte, contiene un alegato contra el tecnicismo imperante en nuestro tiempo, pero por encima de esta circunstancia es también el retrato de la sensatez humillada, personificada en un personaje solitario y amable cuya poquedad es fácil cebo de sus compañeros y su jefe, encarnación de ese tipo de “triunfadores” que ocultan su vacuidad esencial mediante la ostentación fetichista de sus más caros y simbólicos caprichos. Para quien ignore por completo el mundo de los automóviles de lujo, aclararé que el caballito de plata que galopa en el volante es el logotipo de Ferrari.*

***Unas pocas palabras verdaderas**, recoge en sus primeras páginas –no en todo el relato– una trágica historia que viví en primera persona. La imagen del cadáver que lloraba es rigurosamente cierta, como son ciertos el reguero de cápsulas desperdigadas en la nieve y el puñado de cerillas apagadas que me remiten, respectivamente, al Hansel y Gretel de los hermanos Grimm y a La vendedora de fósforos de Andersen. Ciertas son también esas pocas palabras verdaderas que fueron escritas a la luz de una cerillas que se iban apagando al mismo tiempo que la vida de la protagonista.*

Miga de pan, nació a petición de Francisco Otero, que en el año 2005 decidió plasmar el momento literario de Segovia en una obra colectiva que vio la luz bajo el título de *La Ciudad Inmóvil*. Si alguna enseñanza contiene este relato, es que todas las ciudades –incluso las más bellas– son algo más que un conjunto de calles, plazas, monumentos... Los dos inhabituales sucesos del día en que finaliza la historia –por los que el protagonista descubre que una ciudad es, sobre todo, el conjunto de sus habitantes– pueden ser comprobados en cualquier hemeroteca.

El fin de las palabras, como otros cuentos de este volumen, aborda una cuestión de difícil respuesta: si nada hay nuevo bajo el sol, para qué seguir escribiendo... El fin en su doble significado de finalidad y de final constituye el eje del relato, que recibió el prestigioso premio Hucha de Oro en el año 2008. Junto al resto de cuentos finalistas, fue publicado en 2009 por la Fundación de las Cajas de Ahorros bajo el título *El fin de las palabras y otros cuentos*.

Piernas, aunque cueste creerlo, parte de una historia real. Siendo estudiante, asistí a la amputación quirúrgica de una pierna en el Hospital de Burgos. El rechinar indescriptible de la sierra en el hueso me robó por unos días el sueño y las palabras. Desde entonces, la idea de escribir un cuento sobre el sepelio de esa pierna amputada rondó por mi cabeza con persistencia inconstante, hasta adormecerse finalmente en algún recoveco del olvido, donde despertó sobresaltada y polvorienta varias décadas después, cuando uno de mis pacientes me relató

el origen de su cojera. El relato vio la luz (engañosa y ciega luz de las pantallas de los ordenadores) en el tercer número de la revista digital El Adelantado de Indiana, que en esa edición se titulaba Revista de literatura, arte y pensamiento sobre ciudades pequeñas y ambientes extremos.

*El monólogo **Juan, hijo de Juan** podría ser incluido en la vaga categoría de Más antiguos a la que aludía al principio. No se conocía entonces la historia de Justo Gallejo y su catedral de Mejorada del Campo, que años después se haría popular con cierto anuncio televisivo. Supongo sin embargo, por algunas similitudes evidentes, que algún rumor subliminal debió haberme llegado cuando escribí esa historia en las que las palabras, de nuevo, aparecen como piedra angular que el viento no arrastra.*

*La **fosa común**, que también pertenece a la misma categoría del anterior, narra la peripecia de un joven estudiante de medicina que necesita hacerse con un esqueleto para sus estudios de anatomía. No haría falta añadir, aunque lo añado, que se trata de un episodio autobiográfico y verídico en cada una de sus palabras.*

*En **La ceguera del escribano**, escrito inicialmente bajo el pseudónimo de Abel Ambroz, regreso al tema de los textos hurtados que ya había tratado en El ladrón y la llave, si bien, en este caso, con un completo vuelco en los papeles y simpatías de robador y robado. Los dos relatos comparten una misma música y creo que ambos –éste de modo más acusado–, están en deuda con uno de mis escritores preferidos: Vladimir Nabokov.*

El escultor de almas se inicia y finaliza con un recorte de prensa. Y un recorte de prensa es, en efecto, el origen de este relato, que acaso representa como ninguno mi triple condición de médico, escritor y escultor. El mundo del arte es, con demasiada frecuencia, un variopinto mercado de la confusión, regido por iluminados de labia fácil y palabra oscura. El resultado es una extensa cohorte de elegidos papanatas –que verdaderamente se sienten elegidos– incapaz de discernir entre el genio y la banalidad. El ambiente de niebla y pesadilla que rodea este relato me pareció bastante apropiado para realizar una breve incursión en los rincones más nauseabundos del arte contemporáneo.

*En **La última lección de Germán Bueno** rindo homenaje a varios de los mejores profesores que tuve en mi ya lejano, lejanísimo, bachillerato. También es un retrato de los malos, que los hubo, pero eclipsado por el recuerdo de quienes hicieron de la enseñanza algo más que una transmisión repetitiva de conocimientos. Creo que la verdadera clave de la pedagogía es el amor. Los profesores que aman su asignatura y su trabajo son siempre los mejores profesores. Con éstos aprendí que el oficio de enseñar es, también, el oficio de enseñar a vivir.*

*De este amor por la enseñanza nacen las primeras páginas de **Escrito en el barro** en la primavera del año 2000 (una breve nota al final del texto me recuerda la fecha). Debo a Elena Torres, alumna en aquellos días de sumerio y acadio, el interés –que en ella era pasión– por las primeras manifestaciones de la escritura. Fue ella quien me regaló *La historia empieza en Sumer, de Sa-**

muel Kramer. Y de este regalo surgió el penúltimo relato de este volumen, que en 2005 recibió en Melilla el Premio Encarna León. En él trato de mostrar que palabras y sentimientos de hace tres mil años son, esencialmente, palabras y sentimientos de nuestro tiempo. Lo que entonces nos movía es lo mismo que nos mueve. Y sus preguntas siguen siendo nuestras preguntas.

*Finalmente, elegí **La ciudad sumergida** para cerrar este conjunto de relatos por la misma razón que elegí, para abrirlo, El contratiempo. De niño, con seis o siete años, leí por primera vez El maravilloso Viaje de Nils Holgerson, de Selma Lagerlöf. Luego, cuando mis propios hijos tenían esa edad, capítulo a capítulo y noche a noche les fui leyendo la historia de ese viaje, que verdaderamente me sigue pareciendo maravilloso. En una de las pequeñas historias de esa gran historia, una simple monedita de cobre es capaz de rescatar del sueño submarino a la ciudad de Vineta, que emerge de las profundidades bálticas una noche cada cien años. A cualquiera que conozca Segovia, mi ciudad, le resultarán evidentes las referencias metafóricas al navío de piedra, manidas hasta el vómito como confiesa la voz del narrador. Pienso no obstante que el espíritu de esta ciudad sumergida no le ha de resultar extraño a los habitantes de cualquier otra ciudad, porque todas han estado sumergidas alguna vez y porque todos, alguna vez, hemos sido sus naufragos.*

José Antonio Abella
Segovia, enero de 2010



UNAS
POCAS
PALABRAS
VERDADERAS

(Y OTROS FALSOS RELATOS)

ESCRITO EN EL BARRO

A Elena Torres

Poco importan ahora las circunstancias en que conocí a Suzanne H. Baste decir que ambos estudiábamos Historia Antigua y asistíamos entonces a clases optativas de sumerio, lo que nos situaba en el apartado de *bichos raros* de la universidad. Añadiré que ella era diez o doce años mayor que yo. Que me parecía una de las mujeres más inteligentes y hermosas que jamás he conocido. Que tenía fascinado al estudiante mediocre y enamorado que yo era. Lo demás es accesorio. Por ejemplo, mi manifiesta incapacidad para el estudio de las ciencias. Una pobre nota en el examen de selectividad me había hecho recalar en la facultad de Historia, frustrando así las ilusiones de mi padre, que siempre había deseado verme convertido en el arquitecto que él –modesto delineante de una empresa constructora– hubiera querido ser. A trancas y barrancas, había llegado al segundo curso, todavía con dos asignaturas pendientes de primero.

Suzanne H., por el contrario, estaba allí por ese don extraño que se llama vocación, consciente de cumplir el destino que ella misma se había asignado. Su carácter disciplinado, unido a su inteligencia natural, le hacía ser brillante en sus estudios, algo que aún tenía otro mérito añadido puesto que Suzanne H., además, había terminado periodismo y simultaneaba la universidad con su trabajo para una conocida editorial relacionada con el mundo de la moda.

En la clase de sumerío éramos tan solo cinco alumnos. Confieso que yo me matriculé porque Suzanne se había matriculado, aunque no fue eso lo que dije cuando, el primer día de clase, el profesor nos preguntó las causas que nos habían llevado a tan inusual elección. Recuerdo perfectamente ese primer día de clase, los titubeos y lugares comunes de nuestras respuestas. Lo recuerdo como si ahora mismo estuviera respirando el aire de aquel atardecer de noviembre, en aquella aula que parecía más grande y silenciosa que de costumbre, también más oscura.

Los cinco alumnos ocupamos las dos primeras filas de pupitres. Ante nosotros, en el estrado, un hombre de pelo blanco y gruesas gafas de concha nos habla en voz muy baja, apenas un susurro que nosotros recibimos con atención suprema, casi con reverencia, como si en sus palabras percibiéramos el agua de un manantial oculto, la revelación de un texto sagrado. Tras las presentaciones de rigor, tras las respuestas balbucientes que él escucha con atención, tomando breves notas en uno de los cuadernos que ha sacado de su portafolios, su palabra nos

depara una sorpresa:

—Enhorabuena —nos dice—, enhorabuena por haber elegido mi asignatura.

Algunos de nosotros respondemos con un *gracias* que no encierra la menor ironía. Tal vez en otro, esa felicitación extemporánea hubiera sonado a vanidad. Pero en él todo parece modesto, desde la chaqueta casi raída hasta el gesto de sus manos —protegida la una por la otra—, desde su tono de voz hasta la forma de mirarnos por encima de sus viejas gafas, que a cada paso le resbalan cómicamente hacia la punta de la nariz. Incluso el orgullo con el que habla de su asignatura tiene más de modestia que de orgullo:

—Les llamarán locos —prosigue—, pero acepten ese apelativo como un exiguo precio por el descubrimiento de un mundo fascinante.

La tarde de noviembre cae con velocidad y yo, que soy quien está más cerca del interruptor que hay junto a la puerta, me levanto con intención de dar la luz.

—Aguarde todavía un instante, por favor —me interrumpe el viejo profesor, cuya voz sigue teniendo un tacto de terciopelo oscuro, más próximo a una caricia que a una orden—. Dejemos que muera la tarde sin interferir en su agonía. Vean...

Su mano derecha dibuja una curva en el aire, como si señalase a una región imprecisa entre los cristales de las ventanas y los de sus propias gafas. Tras éstos, sus ojos parecen más pequeños y sabios. Tras los de las ventanas, la tarde se precipita en la noche con un tímido sonrojo de melancolía, nubes deshiladas sobre tejados sombríos,

pájaros solitarios en un bosque de antenas. Dentro del aula, durante un breve minuto, el aire se ha teñido con el aliento rosa del crepúsculo y las paredes, antes blancas e inhóspitas, adquieren tonos cálidos, algodinosos, de azúcar hilado.

—Esta hora misteriosa del atardecer... —dice con lentitud, sin terminar la frase. Él calla y nosotros callamos. En el silencio se oyen, irreales, distantes, los ruidos del exterior. Se diría que proceden de un mundo inexistente, que lo único verdaderamente cierto es el aire teñido de rosa, la magia de nuestros corazones detenidos en un minuto que parece contener a todos los minutos. Es una sensación extraña. Como si dentro de los relojes hubiera niebla. Como si respirásemos el aliento de un dios dormido.

—En todos los tiempos y todas las culturas —prosigue el profesor al cabo de ese minuto indescriptible— los hombres se han sentido conmovidos por esta hora... ¿Les parece a ustedes que nosotros, hombres y mujeres del siglo XX, somos distintos de nuestros antepasados más remotos? ¿Qué creen que nos diferencia o nos iguala?

La pregunta, como los corazones, se detiene en la tarde que huye. Al cabo, la mano de Suzanne se levanta en el silencio:

—Nos iguala nuestra naturaleza. Y nos diferencia nuestro conocimiento.

—Por conocimiento —inquire el viejo profesor—, ¿se refiere a nuestra capacidad de conocer o al conjunto de los conocimientos acumulados?

—Me refiero a los conocimientos acumulados. Nues-

tra capacidad de conocer forma parte de nuestra naturaleza.

El profesor asiente con la cabeza al tiempo que se dirige hacia la puerta y acciona el interruptor de la luz:

—Bien, muy bien, Suzanne. De eso hablaremos hoy. Y para ello me voy a servir de uno de los poemas sumerios más conmovedores.

Ha vuelto al estrado y escribe con tiza, en la pizarra, dos líneas de apretados caracteres cuneiformes que yo copio torpemente:



—La tablilla que contenía este lamento fue escrita hace casi cinco mil años, en Nippur: «*Dios mío*—traduce—, *el día brilla luminoso sobre la tierra; el día es negro para mí.*» ¿No les parece que cualquiera de nosotros podría haber pronunciado muchas veces palabras semejantes?

* * *

Suzanne H. tenía un sentimiento germánico de la puntualidad. A pesar de sus diversas ocupaciones, siempre llegaba a la facultad con tiempo suficiente para tomar un café antes del inicio de las clases. Yo, que conocía

esa costumbre suya, adopté la estrategia de adelantarme a su llegada para compartir con ella unos minutos diarios de charla. Supongo que ella percibía en mí otros intereses ajenos a su pasión por el mundo antiguo. Esto, probablemente, la halagaba. Pero siempre supo mantener una sutil distancia que me impidiera sentir el rubor del ridículo o la bofetada del rechazo.

Celosa de su intimidad, muy raramente hablaba conmigo de su vida. Sin embargo, el trato diario en esa coartada de los cafés que precedían a las clases me permitió ir captando pequeños detalles, algún recuerdo, palabras que poco a poco bosquejaron en mis oídos el paisaje de su pasado, con muchas veladuras borrosas entre unas pocas pinceladas ciertas. Así supe que Suzanne H. había sido una escritora precoz: con sólo trece años, varios de sus poemas habían sido publicados en la prestigiosa *Gaceta Literaria* del Ateneo, y algunos figuraban en *Nuevas Voces de la Poesía Española e Hispanoamericana*, una antología editada en los años setenta bajo los auspicios de la Dirección General del Libro. También supe, al instante de hacerme esta confidencia, que Suzanne se arrepentía de haberme desvelado un secreto del que cualquier otra persona se hubiera sentido orgullosa.

—No sabes cuánto me gustaría leer esos poemas —le dije.

—Por fortuna es un libro ilocalizable —respondió ella con alivio mal disimulado, justo cuando sonaba el timbre que anunciaba el comienzo de las clases.

En vano busqué por diversas librerías de viejo la antología con los poemas de Suzanne H. Mas todo texto im-

preso es susceptible de ser encontrado. Sólo tuve que acudir a la Biblioteca Nacional para que un eficiente funcionario, tras teclear en su ordenador la referencia del libro, me facilitase tanto un ejemplar de la antología como la posibilidad de fotocopiar aquellas páginas que fueran de mi interés.

Nunca vería a Suzanne tan alterada como la tarde en la que le mostré, triunfante, las fotocopias de *Nuevas Voces de la Poesía Española e Hispanoamericana*.

—Si querías estropearme el día, lo has conseguido con creces —me dijo con una chispa de odio en los ojos, al tiempo que se levantaba de la silla sin terminar su café.

Yo la seguí por el pasillo:

—Perdona Suzanne, no quería molestarte. Y además tus poemas me han gustado muchísimo...

Fue la primera y única vez que ella me hirió intencionadamente, con frialdad, sin levantar la voz:

—Eso demuestra tu poca inteligencia y tu poco criterio.

Durante los dos días siguientes, Suzanne no puso los pies en la cafetería de la Facultad. Pasó el fin de semana. Y, el lunes, para mi sorpresa, al finalizar las clases, se acercó a mí para disculparse.

—Perdona —sentados como tantas otras veces ante sendas tazas humeantes, puso durante un segundo su mano sobre mi mano—, no hubiera querido ser grosera contigo, pero lo fui. Tú no tienes la culpa, estoy segura de que únicamente deseabas ser amable... Sé que no entenderás nada, pero sólo te puedo decir una cosa: la publicación de esos poemas me hizo mucho daño y no

deseo más que olvidarlos.

Debí callar entonces, pero volví a decirle lo mucho que me habían gustado. Ella me dio las gracias y me pidió que los rompiera.

—¿De qué sirve romper unas fotocopias?

—Hazlo, por favor –insistió–, yo fui una niña hasta que se publicaron. Son los poemas de una niña y no valen nada.

—No es cierto –le repliqué en mi ceguera–, son hermosos y profundos. Esos versos en los que dices:

*...nada nos une tanto como la ausencia,
sólo te siento lejos cuando me besas.
Nada me da más fuerza que tu distancia
ni más desesperanza que tus promesas...*

—No sigas, por favor –me pidió–; si quieres mantener nuestra amistad, rompe esos poemas, olvídalos.

Así lo hice, o cuando menos lo intenté. No le volví a hablar a Suzanne de sus poemas juveniles, ni de nada que tuviera relación con la poesía. Por aquellas fotocopias supe que había en su corazón heridas sin cicatrizar, y me sentí más unido a ella, unido en un secreto que tardaría años en conocer, pero que me mostraba a Suzanne como a un ser mucho más débil y vulnerable de lo que hasta entonces había supuesto. Rompí los poemas. Pero no era tan sencillo olvidarse de algunos versos leídos decenas de veces, ni de la breve reseña biográfica que figuraba al principio de la antología. Por ésta conocí detalles de su vida que Suzanne nunca mencionaba: su lugar de

nacimiento, la nacionalidad francesa de su madre, el día de su cumpleaños...

* * *

Pocos días antes de las vacaciones de Semana Santa, Suzanne tuvo que viajar a Estambul con el encargo de escribir un reportaje para la revista *Modos y Moda*, perteneciente a la editorial donde trabajaba. A su regreso, reiniciado ya el curso, estaba exultante, locuaz contra su costumbre, casi barroca en la narración de su viaje. Como una turista más, había visitado la mezquita de Solimán el Magnífico, Santa Sofía y el museo de Topkapi. Me cuenta el motivo del reportaje —una boda según el rito de la cada vez más escasa comunidad sefardí de Turquía— y no me ahorra pormenores sobre los novios, los atuendos tradicionales, el banquete... Pero todo su relato no es sino un largo preámbulo para la sorpresa final:

Ya tiene ultimado el reportaje y todavía le quedan veinticuatro horas para tomar el avión de regreso, mas el día amanece lluvioso y las calles de Estambul se transforman en una colmena grasienta, poco apetecible para el safari turístico. Incluso las cúpulas y minaretes de la Mezquita Azul, visible desde las ventanas del hotel —puntualiza—, presentaban el día previo a su partida un aspecto gris y desencantado. Por ello toma un taxi que la conduce al Gran Bazar. Y por casualidad entra en una de las tiendas de antigüedades donde lo mismo se encuentra un aguamanil otomano que un reloj de pared *made in Taiwan*.

—Siempre he pensado —me dice— que algunas cosas

se fijan en ti antes de que tú te fijes en ellas. Estás ante el anaquel de una librería y de repente un libro te dice léeme, uno precisamente y no el de al lado, un libro que tú no conocías pero que te habla como si tuviera lengua, como si estuviera esperándote.

—También a mí me ha pasado —le digo—, pero ¿a dónde quieres llegar?

—Había un cofre de madera en la tienda, más bien una caja, nada especial. Pero me quedé mirándola, o ella me miró. Entonces el dueño de la tienda me invitó a abrirla. ¿Y sabes lo que contenía...? —mi curiosidad abre los ojos y encoge los hombros, Suzanne me mira con expresión de triunfo, dilata los segundos, abre su bolso, me muestra un pequeño paquete y comienza a desenvolverlo con sumo cuidado—: Lo que contenía era esto...

Sobre la mesa aparece una vieja caja semejante a las de puros, sin etiqueta alguna. En su interior, protegida por una lámina de espuma de plástico, hay una tablilla de barro completamente llena de apretadas inscripciones cuneiformes, fracturada en su parte inferior.

—¿Es auténtica?

—Creo que sí, la traigo para confirmarlo.

Dos horas más tarde, finalizada la clase de sumerio, Suzanne y yo nos acercamos al profesor. No son inhabituales estas consultas de los alumnos al terminar la jornada, pero él debe de percibir el misterio en nuestro rostro porque frunce el entrecejo con un gesto de extrañeza.

—Queríamos enseñarle algo —dice Suzanne empleando un plural que a mí me enorgullece.

—¿Dónde la han encontrado?—en la pregunta del viejo profesor se percibe, junto a la sorpresa, un velado tono de reproche.

Suzanne le refiere con brevedad la misma historia que yo ya conozco.

—En el Museo de Antigüedades Orientales de Estambul está una de las mejores colecciones de tablillas sumerias de todo el mundo. Sólo veo dos posibilidades, o la tablilla ha sido robada de allí, cosa que me extraña conociendo a la policía turca, o procede del expolio de una excavación.

—Entonces, ¿le parece auténtica? —pregunto.

—A primera vista, sí. No hay mucha gente capaz de falsificar esto —nos dice con cierta brusquedad, señalando el complicado laberinto de caracteres de una palabra—, y la que es capaz se dedica a mejores empresas.

Suzanne está perpleja. Todos sabemos que es la mejor alumna de la asignatura y que el profesor siente por ella una especial predilección. No esperaba esa reacción fría. Le tiembla la voz:

—¿Podría traducirla?

—Ya..., en fin... —también al profesor le tiembla la voz—, me llevará algunos días... Y supongo que esto no nos convierte en cómplices de un expolio.

—Gracias —dice Suzanne cuando nos despedimos y, ya desde la puerta, con su entereza recuperada, se vuelve para añadir—: Todos los grandes museos son el resultado de grandes expolios.

No ha transcurrido una semana desde esta conversación cuando, una tarde, sin más preámbulo, el profesor

de sumerio nos muestra a sus cinco alumnos la tablilla. No hace la menor referencia a su origen, pero mira a Suzzanne con gesto de complicidad antes de extraer un cuaderno de su portafolios y comenzar a leer con voz lenta y precisa:

*«Si Ninhursag me hubiese querido con la fuerza de
un buey,*

no me habría hecho hombre, sino buey.

*Si Enki me hubiese querido con la bravura de un
león*

o la astucia de una serpiente,

no me habría hecho hombre, sino león o serpiente.

*Si Ninhursag me hubiese querido con la vista de
un águila*

o el oído de un zorro,

no me habría hecho hombre, sino águila o zorro.

*Si Enki me hubiese querido grande como los árbo-
les de Uruk*

o perdurable como el lapislázuli de Aratta,

no me habría hecho hombre,

sino árbol de Uruk o lapislázuli de Aratta.

*Si los dioses me hubieran querido inmortal como
los dioses,*

*no me habrían hecho hombre, sino dios entre los
dioses.*

Pero ellos me hicieron hombre,

Enki y Ninhursag me hicieron hombre,

*y soy débil, tengo miedo, aprendo tarde y olvido
pronto,*

*envejezco, me fallan la vista y el oído,
soy torpe, soy pequeño, no soy nada
y sin embargo
ni el buey, ni el león, ni la serpiente,
ni el águila, ni el zorro,
ni los árboles de Uruk o el lapislázuli de Aratta,
ni tan siquiera los dioses que me hicieron,
ni los que están sobre ellos ni los que bajo ellos
viven
tienen lo que su siervo tiene (...)*

»En este punto –añade tras una pausa en la que escruta nuestras miradas–, se interrumpe la tablilla. Como ustedes mismos pueden ver, el barro presenta un borde vivo en la línea de fractura. No hace mucho que se ha roto esta pequeña joya, pero sigamos...

»A nadie que conozca mínimamente el panteón sumerio le puede caber la menor duda sobre el significado del penúltimo verso. Quienes están sobre Enki y Ninhursag sólo pueden ser An, señor del cielo, y Enlil, señor del aire. Bajo estos cuatro dioses creadores se halla el resto de las innumerables divinidades sumerias, a cuyo amparo eran encomendadas todas las tareas cotidianas. Dumuzi es el dios pastor de los rebaños, Enkimdu es el dios de los fosos y canales de riego, Kabta es el dios de los ladrillos... Y bajo todos ellos, nosotros, los seres humanos, venidos al mundo con la exclusiva finalidad de servir a los dioses.

»Por ello resulta especialmente oscuro y sugestivo el significado del último verso: ¿Qué puede tener el ser

humano que no tengan ni los dioses creadores ni las criaturas salidas de sus manos? Yo, desde luego, no lo sé. Imagino que, para saberlo, habría que ser un poeta como el que hace cuatro mil años escribió el texto que les he leído. O confiar en que algún día aparezca el fragmento inferior de la tablilla.»

* * *

Suzanne no volvió a ser la misma desde aquella tarde. Una extraña pasión se apoderó de ella, una obsesión febril cuyos orígenes tardaría mucho tiempo en descubrir, pero que parecía provenir de algo muy íntimo, como si el texto de aquella tablilla hubiera removido los cimientos de su ser. Dejó de acudir al resto de las clases y dedicaba todo su tiempo al estudio del sumerio. El profesor trató de disuadirla, y yo también, pero había tomado una decisión contra la que todos los argumentos eran vanos. Nada le importaba obtener un título que decorase una pared. Graduarse no era una meta para ella. Decía que sentía en la frente el aliento de una revelación, que sólo los cobardes caminan en zigzag por el camino recto. Seguía trabajando en la editorial pero pidió un puesto de correctora de pruebas, algo que, según ella, exigía menos esfuerzo a sus neuronas. Codo con codo, tradujo junto al profesor de sumerio muchos de los textos que éste había transliterado –copiado sin traducir– de las tablillas y esculturas de varios museos europeos, especialmente del Museo Vaticano.

Con frecuencia volvía a la tablilla encontrada en el Gran Bazar de Estambul. Su teoría de que son los objetos

quienes nos eligen se deslizó del terreno metafórico hacia el gnóstico de un modo casi imperceptible. Sostenía, y no sin argumentos, que la rotura de aquella tablilla no era casual, resultado imprevisto de un expolio. La línea de fractura, en efecto, era extrañamente paralela al último renglón de la escritura. Incluso parecía notarse la huella de un objeto cortante sobre el borde, como si alguien hubiera pasado un cuchillo para marcar con precisión el sitio elegido para romper la tablilla. Ésta, como la mayoría, era de barro sin cocer, extremadamente frágil y sensible a la erosión. Su borde nítido, por tanto, no dejaba lugar a dudas sobre el hecho de que se trataba de una fractura reciente, como ya dedujera el profesor aquella tarde de su lectura. Mas ¿cuánto es *reciente* en un objeto con cuatro mil años de antigüedad? En buena lógica, Suzanne pensaba que menos de un siglo, acaso mucho menos. Un siglo es el tiempo transcurrido desde que el sumerio pudo ser traducido y, para Suzanne, quien hubiera roto la tablilla conocía perfectamente su contenido. El profesor discrepaba abiertamente de esa opinión. Ningún sumerólogo hubiese cometido jamás tal sacrilegio, decía. Y, además, ningún sumerólogo hubiera vendido esa tablilla a un anticuario. Pero Suzanne argüía que entre la ruptura y la tienda de antigüedades no tenía por qué haber una relación causal.

—Simplemente —razonaba—, podría existir esa cadena de pequeñas e indemostrables relaciones que llamamos azar.

Debo decir que Suzanne no creía en el azar. Siempre buscaba teorías extrañas para explicar lo inexplicable.

Teorías como la de la intencionalidad de los objetos para elegir a su dueño, a la que antes me refería. Recuerdo con qué claridad me explicó cierto día lo que para ella significaba el azar:

—¿Me prestas una moneda? –sugirió. Yo saqué una moneda de mi bolsillo y ella la volteó con habilidad en el aire, haciéndola caer sobre su mano izquierda y cubriéndola un instante con la derecha para, al siguiente, mostrármela con decisión—. Ha salido cara –me dijo—. ¿Podría haber salido cruz?

—Sí –respondí sin dudar.

—No –dijo ella—, era completamente imposible: Si te hubieras fijado en cómo lanzaba la moneda, si hubieses podido medir la fuerza con que lo hacía, el punto exacto del impulso, el peso de la moneda, la velocidad de su giro, la resistencia del aire..., habrías sabido con antelación que sólo podía salir cara. A todo eso que no podemos medir es a lo que llamamos azar.

Me he demorado en esta anécdota para mostrar que ninguna decisión de Suzanne podía ser tomada a la ligera. Fruto del azar de la causalidad más inextricable, ella había encontrado algo más que una sucesión de signos escritos en una tablilla de barro, había encontrado *un signo*, una señal que seguir.

—¿Te das cuenta del parecido fonético entre signo y sino? –me preguntó—. Ambos comparten una misma etimología: *signum*, seña. Si yo creyera que nuestro destino está escrito en algún lugar oculto, te diría que mi destino estaba en los signos de esa tablilla desde el momento en que fue amasado su barro, que mi corazón latía

en ella cuatro mil años antes de ser engendrado. Creerás que me he vuelto loca, pero en ese trozo de barro está mi corazón con todas sus preguntas, y acaso con alguna respuesta que me ha sido robada. Por eso necesito encontrar el fragmento que falta. Es como si fuera una parte de mí, como si alguien me hubiera amputado una pierna, o el páncreas, o un trozo del alma.

* * *

La ocasión que Suzanne buscaba para regresar a Estambul se presentó antes de lo esperado. Su reportaje sobre la boda sefardí se publicó en el primer número de junio y, contrariamente a lo que la propia revista esperaba, tuvo gran repercusión en las lectoras de *Modos y Moda*, siendo muchas las cartas de elogio recibidas en la redacción.

Tengo ahora ante mis ojos un ejemplar de la revista con el reportaje de Suzanne. Su título —*Contra el olvido*— hace mención al empeño de las comunidades sefardíes por conservar su lengua y tradiciones. La primera fotografía que ilustra el reportaje es un retrato de los novios. Llama especialmente la atención la mirada de la novia, la extraña mezcla de ilusión y timidez que se percibe en sus profundos ojos negros. Una diadema de perlas orla su frente y se pierde entre los rizos de su cabello, tocado con largas cintas rosas que caen sobre sus hombros. Cuenta Suzanne que la novia ha dormido en casa de los padres del novio la noche anterior a la boda, que ese día, en el cortejo hasta la sinagoga, la novia camina todo el tiempo con los ojos cerrados, guiada por sus familiares, y

que sólo los abre en el momento de encontrarse frente a su futuro esposo. Continúa con los pormenores de la ceremonia y del banquete, y anticipa un curioso rito de fecundidad que se realiza el primer lunes siguiente a la boda: los jóvenes esposos saltando tres veces sobre una bandeja con un pez de gran tamaño. Resumido de este modo, acaso el reportaje no parezca tener el interés que de hecho tiene. Sin duda, son las palabras de Suzanne las que contagian al lector con la magia de una cultura desgajada de nuestra propia historia. Sirvan éstas, con las que finaliza el texto, para dar una idea de su atractivo:

«Son las cuatro de la tarde. Hace ya más de tres horas que el novio, en la sinagoga, apuró hasta la última gota el frágil vaso de vino que luego rompe con sus zapatos nuevos. De ese modo recuerda la destrucción del Templo de Jerusalén. Nadie conoce como los sefardíes la fragilidad de los tesoros. La Historia les ha enseñado que la vida es una despedida, que sólo la añoranza nos descubre el tiempo de la felicidad, y que el amor –quebradizo como ese vaso de vidrio– necesita ser cuidado con mimo para perdurar.

Así me lo dice uno de los tres invitados que, tras la resaca de la fiesta, salen del restaurante para acercarse al cercano puente de Gálata. Yo también estoy cansada y les pido permiso para acompañarlos. Ellos acceden con una amplia sonrisa de caries y de vino. Son tres hombres ya viejos, de blanco cabello que asoma bajo sus sombreros negros.

Dos de ellos se apoyan en el pretil del puente, ajenos al tráfico enloquecido de Estambul, para contemplar las

aguas grasientas del Cuerno de Oro. Mientras, el tercero enciende un cigarrillo y queda absorto en las volutas de humo como si, a través de ellas, el horizonte le mostrara los paisajes felices de un país desconocido.

Dice una vieja historia que, desde los tiempos de la expulsión, muchas generaciones de sefardíes han acudido a este mismo lugar para mirar hacia poniente en esta hora misteriosa del atardecer.

A lo lejos, desde uno de los innumerables minaretes de la ciudad, se oye la voz del almuecín llamando a la oración.

Me parece que también mis acompañantes, en su silencio, están rezando. Como sus abuelos y los abuelos de sus abuelos, el crepúsculo les recuerda la ausencia de un trozo de su corazón. Un sol agónico derrama destellos de cobre sobre las ondas que se forman al paso de las barcazas. El mismo sol que a esa hora brilla todavía en lo alto del cielo, radiante, sobre las lejanas tierras de su Sefarad.»

En el momento de su publicación, dedicada en cuerpo y alma al estudio del sumerio, Suzanne ya sólo realizaba trabajos de corrección para la revista. Pero el éxito alcanzado por su reportaje alumbró en ella la idea de proseguirlo con una serie de trabajos sobre los rituales sefardíes del ciclo de la vida. En realidad, la idea surgió tras recibir una carta de Estambul. Suzanne había enviado a los novios que protagonizaron su reportaje un ejemplar de la revista y ellos le respondieron con esa carta en que anunciaban, felices, la próxima llegada de su

primer hijo. Con ella en la mano, Suzanne se dirigió a la directora de *Modos y Moda* para manifestarle su interés en continuar su reportaje con otro sobre los ritos sefardíes del nacimiento y, en su caso, circuncisión.

La recuerdo radiante, ilusionada como una quinceañera antes de su primera cita, la tarde en que me comunicó que habían aceptado su proyecto. Ya se había puesto en contacto con la pareja sefardí. Acababa de hablar por teléfono con ellos y ambos estaban encantados de que su futuro hijo fuera objeto de tanto interés para una publicación de su Sefarad mítico, ese país de la nostalgia transmitida de generación en generación. El niño nacería dentro de seis meses. Y dentro de seis meses, Suzanne volvería a Estambul para escribir ese reportaje que le proporcionaba la ocasión y el soporte económico de su verdadero objetivo: encontrar el fragmento de la tablilla sumeria, ese trozo de barro –en sus palabras– amputado a su alma.

Sé que, durante las vacaciones de verano, no se interrumpió el trabajo de Suzanne en la universidad. Mientras el resto de alumnos de Historia Antigua disfrutábamos del descanso estival, ella apuraba su aprendizaje junto al profesor de sumerio, reamasando con su savia el barro fósil, dándole su aliento y su vida a una lengua muerta hace más de dos mil años. Pasó el verano. Pasó el primer trimestre del nuevo curso y, a mediados de diciembre, Suzanne se despidió de mí con un beso que todavía siento en los labios. Con el año nuevo, me llegó desde Turquía una postal con la imagen de la mezquita de Suleimán II. «Ha nacido un niño precioso

—me escribía Suzanne—, en una semana asistiré a la ceremonia de la circuncisión. También he visitado el Gran Bazar y tengo muchas esperanzas de hallar lo que tú sabes, ya te contaré. Feliz año: Suzanne.»

Transcurrieron dos larguísimos meses antes de tener nuevas noticias. Telefoneé entonces a la redacción de *Modos y Moda*, donde me informaron que aún no había regresado de Turquía, pero que tampoco allí tenían noticias recientes y que también, como yo, estaban preocupados. A finales de enero, por correo electrónico, les había enviado dos reportajes sobre los rituales sefardíes del ciclo de la vida, uno sobre el nacimiento y otro sobre la muerte. Pero desde entonces no habían vuelto a saber nada de ella, por lo que se habían puesto en contacto con el consulado español en Estambul, donde su pista se perdía una mañana de febrero, cuando Suzanne acudió a pedir información sobre los visados y requisitos precisos para viajar a Irak.

—¿A Irak? —pregunté con hipócrita extrañeza, seguro de que allí, en el país crecido sobre las ruinas de la cultura sumeria, se hallaba el verdadero motivo del viaje de Suzanne.

—Sí, eso nos dijeron en el consulado, aunque no tenían constancia de que hubiese iniciado el viaje. Nos lo comunicaron al día siguiente de nuestra llamada. Parece ser que desde el consulado habían telefonado a la embajada irakí en Ankara, donde les aseguraron que ninguna mujer española había solicitado visado para visitar su país.

—¿Y la familia de Suzanne? ¿Han hecho alguna ges-

ción? –pregunté.

A través del auricular pude sentir el gesto perplejo de mi interlocutor:

—¿No era usted su amigo?

—Sí, ¿por qué?

—Me extraña, simplemente. Sus padres murieron hace años en un accidente, y era hija única, no tiene más familia –me respondió un segundo antes de colgar el teléfono.

* * *

Desde entonces hasta hoy han pasado tres años. Varias veces me puse de nuevo en contacto con la redacción de *Modos y Moda*, donde siempre obtuve parecida respuesta: «Por desgracia, no sabemos nada.» Personalmente, en un par de ocasiones, yo mismo telefoneé a la embajada española en Turquía, pero la respuesta no fue más alentadora:

—Sabemos que mantenía cierta relación con la comunidad sefardí de Estambul, pero nos consta que tampoco ellos saben nada sobre su paradero–, me dijo el propio secretario de la embajada.

Sé que también la Universidad ha hecho gestiones, y que la Cátedra de Sumerio ha estado en contacto con el Museo de Antigüedades Orientales de Estambul sin el menor resultado. Tampoco la embajada de Irak en Madrid parece saber nada, al menos eso es lo que me respondieron el día que me acerqué a ella, en un oscuro despacho presidido por la imagen de Saddam Hussein.

¿Cruzó Suzanne la frontera de Irak? Yo así lo creo, y

ésa es también la conclusión a la que llega un extenso reportaje publicado por *La Voz del Mundo*, basándose en la investigación efectuada por la policía turca. Según esa fuente, Suzanne había sido vista en el hotel Hilton de Estambul, en compañía de cierto empresario israelí envuelto en turbios negocios y –si son ciertas las afirmaciones del periódico–, relacionado con el Mosad.

La tesis fundamental del reportero de *La Voz del Mundo* viene a sugerir, sin llegar a demostrarlo, un intento de reorganizar el espionaje israelí en el territorio de Irak. Ni que decir tiene que yo no comparto esa hipótesis descabellada, según la cual todo el interés de Suzanne por el sumerio provendría de la necesidad de una coartada que justificase su presencia en Irak. No obstante, debo reconocer que algunos argumentos del periódico me han resultado sorprendentes. Si antes he transcrito el final del reportaje titulado *Contra el olvido*, no ha sido sólo por mostrar el estilo literario de Suzanne. En el trabajo de investigación de *La Voz del Mundo*, se habla de ese mismo reportaje y de ese final en unos términos *cuasi* cabalísticos de los que sólo voy a mencionar uno. El inesperado acróstico que resulta de unir la primera letra de cada párrafo dice: SADDAM.

Casual o intencionada, esta confluencia de letras representa un enigma de difícil solución, interpretado por el periodista como un mensaje en clave. Repito que yo no comparto las conclusiones sugeridas, más que enunciadas, por *La Voz del Mundo*, cuyo reportaje no es más que una cadena de piruetas en el vacío, una tesis basada en suposiciones y conjeturas, en *hallazgos* como el ante-

rior –bastante más confusos si cabe–, y en otros datos que, todo lo más, no son sino dolorosos fragmentos de un pasado personal que la ética periodística hubiera debido silenciar. Desvela el autor del reportaje que, entre los trece y los catorce años, coincidiendo con su fulgurante aparición en los medios literarios, Suzanne mantuvo «una intensa relación afectiva» con cierto famoso escritor cuya pederastia no fue obstáculo para que, con el transcurrir del tiempo, hoy ocupe uno de los sillones de la Academia.

Este lado oscuro y terrible en la vida de Suzanne, que yo ignoraba por completo y al que ninguna relación encuentro con su desaparición, me ha hecho comprender su cruda reacción cuando, una tarde ya lejana, yo repetí aquellos versos suyos que decían:

*...nada nos une tanto como la ausencia,
sólo te siento lejos cuando me besas...*

Cuatro años han pasado desde ese día. Le había prometido a Suzanne no volver a leer sus poemas, pero esta semana, cuando se cumple el tercer año de su desaparición, he vuelto a la Biblioteca Nacional con la extraña impresión de poder reencontrarla, empujado por algo que sin ser una corazonada era más que un deseo, como si en la tinta de sus versos me aguardara el parpadeo de sus pestañas. Otra vez he leído sus poemas de *Nuevas Voces de la Poesía Española e Hispanoamericana* y, por primera vez, los que publicó en la *Gaceta Literaria* del Ateneo. En el número de mayo de 1973, el suplemento

de poesía de dicha revista incluye un poema escrito por Suzanne a la edad de doce años. Una pequeña introducción del crítico literario glosa la figura de la niña prodigio, «la sorpresa de una madurez impropia y doliente para una jovencita en edad de jugar con las muñecas, no de planteamientos metafísicos (...) dolorosa madurez pero feliz hallazgo para la nueva poesía española».

También este poema ha sido una sorpresa para mí, y no sólo por la extraordinaria madurez literaria que demuestra en una niña de doce años, sino porque sólo ahora, tras su lectura, acierto a comprender la pasión que devoró a Suzanne tras conocer la traducción de la tablilla sumeria encontrada en su primer viaje a Estambul. La vida está llena de sucesos inexplicables, de pequeños milagros que con frecuencia nos pasan inadvertidos. Suzanne no creía en el azar, ni atribuía al azar el descubrimiento de aquella tablilla. Estoy seguro de que tampoco imputaría al azar el paralelismo entre su contenido y el poema suyo que transcribo:

*Si no fuera quien soy, si no tuviera
tanto miedo a la noche y a la lluvia...
Si en vez de doce años
y calcetines blancos
y coletas trenzadas
y dientes horrorosos
tuviera ciento veinte y fuese un elefante
con enormes colmillos,
o león al acecho de gacelas veloces
en la sabana inmensa,*

*o águila en el cielo,
o pez de sangre fría en los mares más hondos,
o hipnótica serpiente,
o buey, el buey humilde que soporta las cargas
 más pesadas y lentas...
Si Dios me hubiera hecho
 más fuerte, más astuta,
 más hermosa quizás,
o menos reflexiva y más risueña,
más segura de mí, menos miedosa...
Si en vez de doce años
 tuviera ciento veinte
 y todas las respuestas
 guardadas en mi tumba.
Mas tengo doce años.
Sólo soy una niña que le teme a la noche,
que llora y se avergüenza
 de su miedo y sus lágrimas,
 de su pelo trenzado,
 de sus dientes horribles,
 de sus temores tontos...
Sólo soy una niña
 que ni sabe quién es
 ni sabe quien sería
 si no fuera quien soy:
En vano palpo signos
 debajo de la lluvia,
en el barro mojado donde Dios escribiera
 la letras de mi nombre.*

«La historia es una espiral creciente y apretada –me dijo Suzanne poco antes de nuestra última y definitiva despedida–, una espiral tan apretada que, en el punto donde ahora estamos, en cualquier punto donde este-mos, basta estirar la mano para tocar otros puntos de las espiras que nos precedieron hace cientos o miles de años.»

Sin duda –o así lo quiero ver en su poema–, ella había encontrado en la tablilla de barro uno de esos puntos: puente en el tiempo por donde cruzar al espacio de su yo desconocido, para adentrarse en el brumoso territorio donde –quizá– no todas las preguntas esenciales carecen de respuesta. Han pasado tres años desde la última vez que la vi, y cuatro desde que nuestro viejo profesor formulara una de esas preguntas: ¿Qué puede tener el ser humano que no tengan ni los dioses creadores ni las criaturas salidas de sus manos?

Sé que ella no lo hubiese aprobado, pero si he transcrito su poema ha sido en la confianza de que Suzanne H. –sea cual sea el lugar del espacio o del tiempo en que se encuentre– haya podido responder a esa pregunta y descifrar, con ella, las letras de su nombre que Dios escribiera en el barro mojado. Ambas incógnitas son como la pulpa y el corazón de una manzana, ambas respuestas pertenecen a una misma cuestión. (*)

(*) *Estas páginas fueron escritas en la primavera de 2000. Tres años después, a las 5.30 horas del día 20 de marzo, buques de guerra y aviones de Estados Unidos comienzan los bombardeos que precedieron a la invasión de Irak. El 12 de abril, las tropas de la coalición in-*

ternacional entran en Bagdad. Al día siguiente, bárbara e impunemente comienza a ser expoliado el Museo Nacional, que albergaba las más importantes colecciones arqueológicas pertenecientes a las culturas mesopotámicas, incluidas decenas de miles de tablillas sumerías. El 13 de diciembre, es capturado Saddam Hussein. Ni en los meses precedentes a la guerra ni durante el transcurso de la misma se han producido noticias relativas al paradero de Suzanne H.

LA CIUDAD SUMERGIDA

*...cuando quiso volver a la ciudad, no vio ante él
más que la mar inmensa.*

Selma Lagerlof (1858-1940)

*...entre dos profundos valles se levanta una peña en forma
de galera, la popa al oriente y la proa al poniente.*

Diego de Colmenares (1586-1651)

Me sorprendió la fuerza de la lluvia. Parecía que el cielo hubiese roto aguas, a punto de parir algo muy grande. Eran, lo recuerdo perfectamente, las tres y media de la tarde. Lo recuerdo porque, en el televisor de la taberna de Noé, vi al hombre del tiempo señalando un sol radiante sobre nuestra ciudad. No sería extraño –dijo– que se produjeran nubes de evolución, con alguna tormenta aislada a lo largo de la tarde... Lo que dicen siempre cuando el calor aprieta. Y el calor apretaba, ya lo creo. Mi camisa chorreaba sudor antes de chorrear lluvia. En un par de ventanas, manos nerviosas se apresuraban a retirar las ropas tendidas a secar, que pendían de los colgaderos como pingajos de sopa. Algunos críos salieron a la calle para aliviar el sofoco, los veía desde la puerta del bar, que habíamos dejado abierta para que corriera el



ÍNDICE

PRÓLOGO PRESCINDIBLE	7
EL CONTRATIEMPO	17
OJOS DE LUNA	35
EL LADRÓN Y LA LLAVE	39
PALOMAS CARNÍVORAS	57
MEMORIA DE LA MATERIA	73
ALMA ERRANTE	91
UNAS POCAS PALABRAS VERDADERAS	117
MIGA DE PAN	149
EL FIN DE LAS PALABRAS	167
PIERNAS	179
JUAN, HIJO DE JUAN	193
LA FOSA COMÚN	203
LA CEGUERA DEL ESCRIBANO	217
EL ESCULTOR DE ALMAS.....	243
LA ÚLTIMA LECCIÓN DE GERMÁN BUENO	275
ESCRITO EN EL BARRO	291
LA CIUDAD SUMERGIDA	319

Unas pocas palabras verdaderas (y otros falsos relatos)

©José Antonio Abella

De la presente edición:

©A.C. Isla del Náufrago

ISBN: 978-84-613-8707-6

Depósito legal: SE-1042-2010

Colección: *Isla del Náufrago, relatos*

Diseño editorial: *Isla del Náufrago, ediciones*

Diseño de portada: *Isla del Náufrago, ediciones*

Ilustración de portada: *La Jeune Martyre (detalle)*

Paul Delaroche (1797-1859)

Edita: A.C. Isla del Náufrago

San Marcos, 13 40003-Segovia (España)

<http://www.isladelnaufrago.com>

E-mail: isladelnaufrago@gmail.com

Imprime: **Publidisa**

Impreso en España /Printed in Spain



La pequeñísima editorial de la
Isla del Náufrago

agradece a sus lectores que esta obra no sea fotocopiada ni reproducida total o parcialmente por ningún medio, incluida la distribución por Internet, sin la autorización por escrito de sus titulares. Sin embargo, desde la soledad de nuestra isla, toda difusión de este libro y de esta editorial merecerá nuestra más sincera gratitud. Si a ti te ha gustado, recoméndaselo a quien creas que puede disfrutar con su lectura.

Adquisición exclusiva por Internet:
www.isladelnaufrago.com

Solvencia de símbolos y metáfora de la vida. Una posibilidad casi infinita de significados y de emociones y de puntos de comprensión de la realidad. Narración sobre el sentido de las palabras y de cómo las palabras sostienen la vida, y de la necesidad absoluta de agarrarse a las palabras para preservar la memoria y limpiar el olvido. Y eso dicho de la manera tan sencilla y tan emotiva como José Antonio Abella nos lo cuenta.

(...) Creo que establece además una conexión con algún arquetipo fundamental de las historias que han estado al servicio de la sabiduría de las cosas y de la sabiduría de la vida.

Luis Mateo Díez,
miembro de la Real Academia Española.

ISBN: 978-84-613-8707-6



9 788461 387076